



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE202139

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Paternidad en curso

Hemos llegado al final del año especial dedicado a san José, a la Navidad y al ecuador del Año de la Familia 'Amoris Laetitia'. En este momento concreto donde, por tradición y cultura destaca la figura de la madre, hemos pensado en dedicar este número a la figura del padre, a la paternidad de hoy, y para ello hemos contado con algunos hombres y padres que nos hablan de su paternidad, de lo que estudian y de lo que hacen, de su experiencia profesional y familiar. Nos hablan de cómo se sienten y de cómo son padres.

Desde hace años asistimos a una transformación de la figura paterna, en consonancia con el papel nuevo y distinto que ha asumido la mujer en la familia y en la sociedad y los nuevos caminos de la maternidad. La paternidad es cuestionada por las biotecnologías y por las múltiples reflexiones sobre la “desaparición” del padre. Pero esto no es necesariamente algo malo porque propicia un espacio para la reflexión, la investigación y una visión que inspira paternidades más conscientes, ni rígidas ni fluidas, sino vivas y vitales. De este modo, tenemos este singular número de Mujeres, Iglesia, Mundo escrito casi en su totalidad por hombres.

Lo abrimos con “el descubrimiento” de una hermosa pintura que permaneció desconocida durante siglos en una pequeña iglesia y que representa el taller de San José donde está la Sagrada Familia ocupada en sus actividades cotidianas. Claudio Strinati escribe: “El rostro de José inmerso en las sombras es claramente perceptible. Y así, resplandece el padre putativo de la tradición que supone la función paterna desligada del factor biológico primario que compete exclusivamente a la madre”. Cerramos con una aportación de Andrea Monda, director del Osservatore Romano, que comparte las emociones vividas durante su reciente encuentro en los Museos Vaticanos con Tim Burton, un director brillante y un talento visionario que dedicó una película extraordinaria al tema de la función paterna. Monda recuerda haber visto esa película, *Big Fish*, en 2004 con su hijo entonces pequeño. Y que, al salir de la sala, lo que sintió fue “un poco de aeternitas”.

La responsabilidad y el privilegio de ser padres. (DCM)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI

FRANCESCA BUGLIANI KNOX

ELENA BUIA RUTT

YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN

CHIARA GIACCARDI

SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH

AMY-JILL LEVINE

MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ

GIORGIA SALATIello

CAROLA SUSANI

RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI

SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano

(traducción de ÁNGELES

CONDE) se distribuye de forma

conjunta con VIDA NUEVA y

no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

En la escuela de san José

Su confianza en Dios se traduce en amor a María y responsabilidad sobre Jesús

DE JOHNNY DOTTI

José es probablemente el santo que mejor puede dialogar con el hombre de nuestro tiempo. Precisamente él, de quien el Evangelio no nos transmite ni una palabra. Es muy fructífero abordar la existencia simbólica del carpintero de Nazaret y los pasajes fundamentales de la historia existencial y espiritual de José que son trauma, sueño y acción.

Todavía hoy estamos inmersos en el trauma.

Tras el trauma, el sueño va a continuación en la vida de José y, después del sueño, una acción transformadora. Es la dinámica a través de la que se convierte en padre. Porque uno se convierte en padre y no es automáticamente padre solo por serlo biológicamente.

El primer trauma de José es el embarazo de **María** que para él es una traición en toda regla. Una traición a sus expectativas, a sus sueños y a sus esperanzas.

En el trauma, José se duerme, se abandona y sueña. En el sueño se encuentra con el ángel del Señor que no soluciona su problema, no cambia la realidad, simplemente le pide que mire las cosas desde otro punto de vista.

Allí comienza su aventura como padre.

Después del sueño, llevándose a María consigo, José cambia su relación con Dios y con la Ley. Era un hombre justo, pero después del sueño su justicia está más allá de la ley. Se vuelve "justo" no en nombre de la ley, sino en nombre del amor. Y esta no es una cuestión particular, es una cuestión de la comunidad. José no es solo un símbolo singular, es un símbolo plural, por eso es muy querido por la gente, como escribe el Papa en la *Patris corde*.

¿Qué hace José como padre?

Ayuda al niño a venir al mundo, crea las condiciones para que el niño, es decir, la vida, venga al mundo dentro de los límites que le impuso la observancia de

la ley: tenía que ir a Belén para el censo impuesto por los gobernantes romanos.

Allí se produce otro trauma: el poder, ¡el sistema quiere al niño!

¡Cuántas analogías con nuestro tiempo! **Herodes** es un símbolo del poder, del sistema. No olvidemos que un judío tenía que obedecer al rey, no solo al sacerdote. José no entrega a su hijo al rey. Como antes no había entregado a su amada María a la ley de la Torá, lo que le obligó de manera perversa a entregarla a la burla pública.

Pensemos hoy en la relación entre las tecnocracias y nuestros hijos.

Uno es padre si no entrega al niño al sistema y al poder y construye las condiciones para que el hijo se emancipe de ese poder. ¿Estamos seguros de que no entregaremos a nuestros hijos al poder, pagando personalmente para salvarlos?

Después de ese segundo trauma, José da otro paso necesario para ser padre. Abandona su religión, su lengua, su cultura, su trabajo y sus tradiciones para no entregar a su hijo a Herodes. ¿Somos capaces de emprender un viaje para construir las condiciones para que el misterio y el sueño de nuestro hijo no solo llegue al mundo, sino para que también crezca?

Hay un tercer trauma en la vida de José. Después de haberse asentado en Egipto, la señal recibida en el sueño es que debe regresar a su hogar. Piensa en regresar a Jerusalén, pero, y será el cuarto trauma, el del cuarto sueño, se le dice que regrese a Nazaret.

El viaje de José es un viaje de transformación de la vida cotidiana: de Nazaret a Nazaret. Cuando José regresó a Nazaret se convirtió en padre.

Ser padre es la condición humana para ser hijo al máximo.

Lo que nos une es que todos somos hijos. Esta experiencia la tuve con mi padre porque en los últimos años de su vida él fue el hijo y yo fui el padre que lo cuidó: fue padre toda su vida y al final... ¡fue un hijo! Para un creyente esto también está en la tradición de la fe. Al final todos seremos hermanos, solo hermanos. El padre no es otra cosa que la evolución de la libertad de la persona que se hace disponible para ser el "tú" del otro. De esto José es un claro símbolo. El hecho de que nunca hable en el Evangelio es el signo evidente de la superación del propio "yo". No del poder del propio yo, sino de la superación del propio "yo", a través del "tú" de María y el "tú" de Jesús.

¿Cómo comienza el hecho de que José se convierta en padre? Llevando "con él" y no "para él" a la mujer que amaba. Pasa a la realidad de padre al aceptar plenamente la realidad de la mujer que ama.

Un joven está preparado para ser padre cuando acoge y acepta la realidad que, por lo general duele y casi nunca



es exactamente lo que esperabas. ¿No es esta nuestra historia? Esto nos dice que el rol del padre es “transitivo”, por eso, todo padre es “la sombra del padre”: uno no es padre de por vida. La peregrinación del padre es la de un hijo que, a través de la experiencia de ser padre, se convierte más conscientemente en hijo.

Este es el último regalo que **Jesús** da a su padre José en el relato del Evangelio. Jesús, al que encuentran en el templo después de tres días, recuerda a José que tiene otro Padre. Porque todos los padres son padres adoptivos: ningún hijo es propiedad del padre. El verdadero padre es Dios o, para los no creyentes, la vida, el misterio. Fuera de esta conciencia están las perversiones de la paternidad: el padre-tirano, que usa el poder del papel para matar al hijo, es decir, el padre-Herodes, o el padre perverso que juega a la par del hijo.

José nos da la figura del padre-deponente, es decir, el padre que se deja atravesar por la autoridad de Dios en la relación con su hijo y está al servicio del hijo, no de sus caprichos, sino de su misterio. Lamentablemente, el mundo está lleno de padres (y madres) que depositan sus sueños y expectativas en sus hijos, condicionando su libertad, en lugar de ponerse al servicio del sueño y la libertad de sus hijos. José no vio nada del hijo en su manifestación como Mesías y Salvador. Según lo que sabemos del Evangelio, desaparece de la vida de Jesús antes del comienzo de su vida pública.

El padre no ve el éxito de su hijo y no es padre porque mide y disfruta los éxitos de su hijo, es padre porque sueña con la libertad de su hijo. Qué lejos estamos de todo esto en una sociedad en la que los hijos se van de casa a los 35 años, en nombre de la seguridad, quemando su juventud y la gracia de su libertad. José nos enseña que en la vida hay que arriesgar, no hay seguridades.

José nunca maldijo los traumas. Sus acciones con-
siguientes nos muestran que siempre ha bendecido la vida complicada que le tocó. José es justo, como lo entenderá Jesús cuando haga de la justicia una de las bienaventuranzas. La justicia no es simple legalidad, no es simple respeto a las reglas. Es la justicia de la vida. Cada uno tiene sus costumbres y reglas, pero la verdadera justicia se vive sabiendo cuándo se puede o se debe transgredir. José es frágil y no teme a su propia fragilidad. Después de todo, el ángel le había dicho “no temas”, como le había dicho a María. ¿De qué tenemos miedo? De la desproporción entre nuestra fragilidad y los desafíos de la vida.

José es un símbolo de autoridad, de la verdadera. Ya lo dice su nombre: “el que hace crecer”. José es el custodio, pero en un gran sentido que implica custodiar más la pregunta que pretender tener una respuesta para cada pregunta. José no encontró las respuestas con sus pensamientos, sino con el sueño y manteniendo la pregunta. Estamos dominados, en el sistema digital y binario, por la dinámica pregunta-respuesta. El camino de José es otro: custodiar la pregunta, a través del silencio, la escucha, la oración.

¿Los padres y madres de hoy son capaces de soportar la imposibilidad de dar respuestas a veces a las preguntas de sus hijos y, al mismo tiempo, tienen el valor y la paciencia para responder a sus preguntas?



José, el hombre de los lunes. Es decir, el trabajador.

La “herencia” del padre no es la del domingo, sino la del lunes, la de la vida cotidiana. Todo esto hace de José una compañía importante en nuestra vida. Importante para padres y educadores. La enseñanza fundamental de José sobre la educación es que educar no es instruir, no es entrenar, no es informar. A veces, la educación hace uso de estos elementos, pero educar es acompañar el misterio del niño y ayudarlo a venir al mundo.

La otra gran enseñanza de José es la libertad.

José nos enseña que la libertad no es la libertad de elegir. No eligió nada en la vida. La libertad es ser lo que estamos llamados a ser. Es una vocación, tanto a nivel personal como comunitario. Hay preguntas en la vida que nos acompañan hasta el final. Un hijo es siempre una pregunta, hasta el final. Para salvaguardar esta pregunta en una época de individualismo es importante estar con los demás, no encerrarse en una lógica de familia encerrada en sí misma.

La página de la pérdida de Jesús y su hallazgo es impactante. José y María habían perdido a Jesús y comenzaron a buscarlo veinticuatro horas después, y lo encontraron después de tres días. Estaban un poco inquietos, pero en general serenos porque caminaban en peregrinación, en una caravana comunitaria, contando con la comunidad. Algo que hoy, lamentablemente, ¡es casi impensable!

Hoy no es fácil desempeñar el papel de padre. ¿A qué no puede renunciar un padre para poder vivir plenamente su llamada, para honrar su vocación? De hecho, la paternidad es una vocación, no es una condición natural, ni una tarea, ni una competencia. Desde cierto punto de vista, incluso más fuerte que la materna. En los últimos cincuenta años hemos vivido una versión de



la paternidad que ha intentado combatir la visión del padre que hemos construido a lo largo de tres mil años de historia. En una sociedad machista, caracterizada por el machismo, la figura del padre era la figura del poder. En los últimos cincuenta años esta cuestión ha sido, y con razón, ampliamente cuestionada y combatida.

No hay que lamentar haber perdido a ese padre que podía golpear a un hijo sin que nadie dijera nada o a ese padre que oprimía la voluntad de los hijos con su propia voluntad. Nuestro tiempo ha demolido, al menos en parte y en la cultura occidental, la figura del padre tirano que era un poco como la proyección de cierta imagen de Dios. Tenemos ahora una figura de padre un poco desorientado, que lucha por encontrar su estilo, como si, habiendo quitado esa especie de poder absoluto que lo caracterizó en el pasado, no quedara nada o casi nada del significado de su figura.

Estamos en una fase muy generativa desde el punto de vista paterno, precisamente porque esta figura tiránica y opresiva del padre se está agotando, aunque, por otro lado, lo que hemos logrado traer al mundo por ahora es una figura algo anodina, un poco sosa. Dentro de este camino de reflexión, descubrí la figura de José de Nazaret que, hasta hace unos años, no significaba mucho para mí. Hoy creo que la figura de José recoge, en su aventura como padre, exactamente aquello a lo que un padre no puede renunciar.

¿A qué no puede renunciar un padre? No puede renunciar al amor.

Hoy tenemos una idea del amor muy emotiva, muy sentimental, diría de telenovela, ligada a elementos de instantaneidad y emotividad. El amor casi siempre es testimoniado por el hijo y el hijo casi nunca es como

pensábamos o queríamos, pero es el símbolo del amor. Un padre no puede renunciar a la custodia del amor. No hacer el amor lo que pensamos, ni hacer el amor lo que queremos. Todos somos hijos, padres solo en el tiempo, padres adoptivos, incluso con respecto a nuestros hijos carnales, o a nuestras obras que son como hijos para nosotros. Y a nuestros hijos, como a nuestras obras, en algún momento tendremos que dejarlos ir.

Un padre no puede renunciar a custodiar el amor a través de la ley y más allá de la ley: esto José lo enseña muy bien. La paternidad requiere la responsabilidad de cumplir la ley y de ir más allá de la ley: la justicia en términos humanos no es suficiente, nunca lo será. Son muchos los momentos en la vida de los padres y madres, en la vida familiar y conyugal, en la vida comunitaria, en los que es necesario transgredir las reglas para guardar el misterio y el sueño del hijo. No hablo de la transgresión adolescente, sino de la transgresión consciente, completamente responsable.

La otra cosa a la que un padre no puede renunciar es a “estar ahí” en los momentos fundamentales. Estar ahí para traer al niño al mundo; estar allí al desearlo; estar ahí cuando hay que cuidarlo y finalmente un padre no puede renunciar a dejar ir a su hijo. Me refiero a la parábola del hijo pródigo. La paradoja de esa parábola es que el hijo “sano” es el que se va, el que destruye todo el patrimonio del padre, el que se arriesga a morir; el menos sano es el que está en casa, escondido y agazapado bajo el gobierno de su padre, pero su libertad nunca está en juego. No sabemos cómo termina esa historia: cuando el padre sale por segunda vez, no se sabe si ese hijo que siempre había estado con él y ahora, enfadado, se ha apartado, entró después en la fiesta del Padre. Lo último que puede hacer un padre es renunciar a bendecir su propia fragilidad.

Nada como la verdad del hijo –no solo los hijos biológicos– revela la fragilidad del padre. El padre poco tiene que ver con el héroe, tiene más que ver con el sirviente, con conjugar con serenidad su experiencia y su testimonio para el hijo, no tanto con sermonearle.

La pregunta recurrente que nos hacemos es: ¿cómo se hace? Ésta es siempre nuestra preocupación, saber cómo.

José nunca supo cómo. Esta es la pregunta que ha custodiado en su corazón toda su vida, una pregunta nunca expresada, porque no es necesaria para generar vida. En la vida de **Youssef**, después de cada sueño hubo un despertar marcado por un nuevo camino. Quizás también para nosotros, los “transmilenaristas” como él, que en los primeros veinte años de este milenio hemos pasado y estamos pasando por flagelos y desgracias que nos hacen pensar en las plagas de Egipto, esta es la sensación que sentimos dentro del susurro o el grito de una tenaz esperanza, de un deseo de vivir como hombres nuevos en un mundo nuevo.

Comenzamos el nuevo milenio con la tragedia trascendental de la destrucción de las Torres Gemelas en 2001, vivida como el final de una era. El terrorismo se ha extendido por todo el mundo, sembrando muerte y miedo. En 2008 entramos en una crisis económica y financiera global que aún perdura, experimentando el colapso de la seguridad puesta en el poder económico

y en el régimen capitalista que nos había engañado con el mito del crecimiento y desarrollo sin frenos y sin límites, para entrar en una época de inestabilidad, estancamiento e incluso decrecimiento.

En 2020, la pandemia de COVID-19 nos obligó a afrontar los límites de la existencia y nuestros propios límites; nos devolvió nuestra fragilidad como pequeñas criaturas en un mundo oscuro y misterioso que nos habíamos engañado controlando y dirigiendo con nuestra voluntad de poder. Ha destruido nuestra ilusión de resolver todo con la ciencia y la tecnología; nos hizo entrar en una época de incertidumbre y hasta de miedo; nos recordó que “estamos todos en el mismo barco” y que nadie se salva solo en este mundo. Sentimos que vivimos en un sueño, una pesadilla de la que queremos despertar. Pero, ¿cómo nos despertaremos? Escuchar las voces, las palabras, las vivencias de los sueños, el sueño, los traumas y las pesadillas, como José, y con el valor de volver a juntarnos en el camino, refundando la esperanza.

En este momento, los que no esperan no son libres.

Todos hemos sido “recluidos” y hemos entendido un poco la condición que los presos viven durante años y los pobres viven toda la vida. Así descubrimos que la libertad no es solo de elegir, sino libertad de ser lo que somos, independientemente de la condición en la que vivamos.

Tendremos un endurecimiento de las formas estatales de control y policía por un lado y, por otro, se fortalecerá el mito de una tecnocracia vivida casi como una religión, que siempre parece asegurarnos vías de escape y salvación. La esperanza es una virtud infantil, enseñó Charles Péguy. Si debemos partir desde el hoy y de su profundidad, debemos dejarnos provocar por algunas cuestiones importantes que también se pueden aplicar al papel de los padres. Y al de los educadores.

La primera, la más importante, es la no eliminación de nuestra fragilidad. La pandemia nos ha hecho comprender que todos somos frágiles y que la fragilidad no debe repararse, sino aceptarse como la única posibilidad de un verdadero encuentro con los demás.

La segunda cuestión es que no podemos poseer la esperanza. La esperanza es un regalo, no proviene del mérito humano. No es un plan de negocios, no es un proyecto: es un movimiento coral.

En este momento, estamos llamados a discernir qué debemos salvar y qué debemos dejar, como José, que en la encrucijada esencial de su historia tuvo el valor de elegir, de salvar lo más importante: el amor por María y la responsabilidad sobre Jesús, dejando de lado lo demás.



“El padre es una figura esquivada”

DE GLORIA SATTA

El director Roberto Andò reflexiona sobre los vínculos paternales

El tema de una paternidad fallida e inesperadamente “encontrada” en circunstancias dramáticas está en el centro de una película reciente, conmovedora y preciosa: ‘Il bambino nascosto’ de Roberto Andò, basada en la novela del mismo director (La Nave di Teseo, 2020). El protagonista es Silvio Orlando (en la foto), un profesor de piano que vive en un barrio de dudosa reputación en Nápoles. Se trata de un hombre solitario, marginado por su familia de origen, cuya vida da un vuelco cuando un niño llama a su casa pidiéndole que lo esconda de la Camorra, decidida a matarlo. Así, se establece un vínculo profundo entre los dos, más allá de esquemas y definiciones.

Andò, ¿podemos hablar de paternidad “encontrada”?

Sin duda. El profesor y el niño son dos “invisibles” que se entregan el uno al otro, creando una familia atípica basada en el afecto y dotada de una fuerza extraordinaria, de una legitimidad propia. El hombre encuentra al hijo que nunca había planeado tener. El niño descubre un padre capaz de amarlo y protegerlo cuando su padre biológico quiere entregarlo a los criminales.

¿Cómo tuvo la idea de esta historia?

Me inspiré en una noticia atroz que tuvo lugar en 1976 en Sicilia,

cuando cuatro niños fueron secuestrados, estrangulados y arrojados a un pozo por la mafia después de robar a la madre del capo Nitto Santapaola. Durante años no se supo nada sobre ellos. Y lo más impactante fue que los padres nunca denunciaron su desaparición.

¿Por qué no es tan frecuente en el cine la paternidad como sí lo es la maternidad?

Mientras que la madre está considerada el origen generativo del mundo sobre la base de la tradición católica de María con el Niño, el padre es una figura más esquivada. En la cultura del siglo XX a menudo está ausente, o es inadecuado, o ni siquiera está dotado de una connotación negativa.

¿A qué se refiere?

Al padre-patrón, una tipología que aún existe en ciertas tradiciones.

¿Cómo son los nuevos padres?

Más conscientes, escuchan cada vez más a sus hijos. Su papel se ha redefinido, enriqueciéndose con matices. Es como si la sociedad se hubiera psicoanalizado a sí misma y el padre se hubiera quitado la máscara, encontrándose más consciente de su propia función. Es una nueva realidad que incluso el cine ya refleja.

El regalo

DE MARCO GIRARDO

La fotografía del padre se ha desvanecido. Al menos dos generaciones de hijos, quizás tres, han tenido que abrir mucho los ojos para reconocer su perfil, en un traje demasiado ajustado o demasiado holgado, casi nunca adecuado y muchas veces incómodo, del “padre evaporado”.

Cuando **Jacques Lacan** en el París de sus hijos rebeldes, contra cualquier autoridad paternalista, hablaba de “la evaporación del padre”, expresión popularizada también en Italia por **Massimo Recalcati**, todavía estamos en los accidentados y revolucionarios años sesenta. Por aquel entonces, **Mauro Magatti** era un niño en pantalones cortos y en la escuela primaria. Graduado en Disciplinas Económicas y Sociales por Bocconi, PhD. en Ciencias Sociales en Canterbury, ahora es profesor titular en la Universidad Católica de Milán. Sociólogo, economista y columnista del *Corriere della Sera* y *Avvenire*, durante trece años ha dirigido el Centro Arc (Anthropology of Religion and Cultural Change), un laboratorio de ideas que se ha centrado precisamente en la línea de la “generatividad social”, un concepto psicológica y filosóficamente bien fundado hasta el punto de emanciparse de la mera dimensión biológica de la existencia y de su estricto determinismo. Para Magatti, sobre todo en esta época, nos encontramos recorriendo una nueva curva en el largo camino de la historia de la libertad: “La conquistada tras los cambios provocados por la década de los 60 fue una libertad de tipo adolescente, ni podría ser de otra manera”. Pero es en el paso de la adolescencia a la etapa adulta donde “se ubica la encrucijada entre el estancamiento y la generatividad”.

El mismo surgimiento de una dimensión social “generativa” indica que, afortunadamente, la profecía de Lacan solo se cumplió parcialmente. Si las protestas juveniles del 68 derriban la autoridad simbólica del padre en la vida de la familia y en la de la sociedad, imaginaba el psicoanalista francés, se llenará el vacío dejado por la desaparición de la Ley y la decadencia de la autoridad por el fetichismo de los bienes. Es decir, triunfará la sociedad de consumo y sus habitantes homologados,



Mauro Magatti ahonda en el código afectivo del padre

esto es, los consumidores. “El mundo del consumismo en el que estamos inmersos no se puede superar con un discurso moralista”, prosigue Magatti, “sino con la construcción de otro pulmón que genere sentido”. Y aquí volvemos a la cuestión del padre: “Su figura, su código afectivo está naturalmente afectado por los cambios sociales y sobre todo los cambios internos de la estructura familiar. El padre de la tradición, como recordará, está desaparecido desde hace mucho tiempo. Sin embargo, en esta transformación, que ciertamente tiene elementos de debilidad, no creo que haya tenido lugar una “evaporación” completa. Hay posibilidades de construir una identidad más armoniosa, tanto por los tintes emocionales que el padre puede poner en juego, como por su renovado lugar en el entorno social”.

Generar, por tanto, no es solo una acción biológica: es un acto social y simbólico que abre nuevos caminos. “Estamos hechos para comenzar”, dijo Hannah Arendt. Lo

sabe bien cualquiera que sea padre de siete hijos, entre biológicos y adoptivos, “de tres colores distintos”, como dicen en ocasiones Mauro y su esposa Chiara Giaccardi. Un padre y una madre, un “progenitor”, “no solo trae al mundo, sino que también asume la tarea de cuidar de lo que ha generado, una organización o una familia”. Y en un momento dado debe dejarla ir, sin transformarla en objeto de posesión y, por tanto, una vez más de consumo personal. Al otro lado de la mesa de la cocina y en particular hacia la figura masculina de referencia-, recuerda a otro gran psicoanalista como Luigi Zoja, un hijo sensible advierte que es el padre quien lo ha elegido. Antes y más que los que lo generaron. Es decir, el padre siempre es cultural. El natural, para un hijo, no es suficiente: en cualquier caso, debe buscar al padre. Se trata de una investigación que presenta implicaciones aún más complejas cuando la posibilidad de generar biológicamente se emancipa de la pareja hombre-mujer, haciendo super-

fluo el primer elemento. La tecnociencia ya no pone límites a la maternidad a través de la “subrogación” del padre, y esto solo puede tener un impacto en la paternidad.

Mauro Magatti ha explorado profundamente en su investigación la cuestión de la técnica y su poder. “La gestación subrogada del padre posibilitada por la biotecnología es una gran provocación para el género masculino”, afirma. “Tanto es así que hoy en día, en una visión distópica, es más probable hipotetizar la desaparición del hombre y no la de la mujer de la faz de la Tierra. Una inversión de poder registrada por el subconsciente colectivo: el hombre no está destinado a desaparecer, creo y espero, pero al padre se le arrebatará el lugar el que había estado ocupado durante miles de años”.

Magatti asegura que esta sensación de ausencia, de vacío, por otro lado, está induciendo lentamente a hombres y mujeres, a pesar del momento difícil por el que atraviesa la familia, “a una redefinición de los roles parentales en términos de mayor corresponsabilidad”. El concepto de generatividad es también “el hijo de esta pérdida de identidad de la imagen del padre-amo y de la madre como figura dedicada exclusivamente al cuidado”. En definitiva, hay “una renegociación dentro de la pareja que lleva al hombre a darse cuenta de que si quiere ser padre debe apostar con su paternidad y no vivirla por la simple oposición de roles”.

La paternidad es una decisión que también requiere de adopción. Así lo muestra Zoja y su El gesto de Héctor, el héroe griego que, a diferencia de Aquiles, es capaz de quitarse la armadura de padre-amo-guerrero y abrazar a Astianacte desarmado. Al mismo tiempo, continúa Magatti, “incluso para las mujeres que hoy ya pueden dar a luz a un hijo sin un hombre, es necesaria una posterior y consecuente elaboración de la paternidad, ya que, por razones de carne el vínculo entre una madre y su hijo es siempre más visceral y “no mediado”, como ocurre en la concepción a través de un intermediario”. Existe una mayor adhesión en la mente femenina al concepto de generación como hecho de sangre y de vientre materno. Pero la generación, en su sentido más amplio, continúa Magatti, “es el vínculo entre la vida y la muerte y, por lo tanto, se ‘genera’ completamente cuando se acepta la alteridad del hijo que puede así recuperar un vínculo que no lo asfixia y no lo mata”. Y esto vale para todo tipo de capacidades generativas no biológicas, no solo para las experiencias adoptivas:

“Los lazos generativos se extienden a la relación entre un profesor y sus alumnos, a los jóvenes en general, a los compañeros de oficina, a una empresa o una asociación de voluntariado”. La dinámica generativa es, por tanto, cada vez más amplia: “Si entendemos esto, -volviendo al tema de la gestación subrogada-, se entiende que la generación de un hijo no tiene la lógica del producto. La misma matriz del consumo es inherente a la semántica de la expresión “útero de alquiler”. En cuanto se potencia este tipo de dinámica generativa extendida, se abre inmediatamente el camino para una sociedad, o más bien para una humanidad que no se convierte en esclava del dominio de la tecnología”. Dicha técnica, entre los efectos colaterales de su poder homologador en la construcción del espacio social, tiene también el de aniquilar

los llamados “ritos de paso”. Durante siglos han sido un lugar y un tiempo simbólico presidido por la figura paterna y su código afectivo: el padre es “el que acompaña” para “dejar que el niño camine solo” en las etapas de la vida. “Hoy, el mundo es muy pobre en símbolos tal y como señala el filósofo **Byung Chul Han**. Los datos y la información no poseen ninguna fuerza simbólica, por lo que no permiten el reconocimiento”. Y en este vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas capaces de dar fundamento al sentido y a la comunidad y que dan estabilidad a la vida. “Los ritos de paso como el bautismo o el matrimonio se convirtieron en una quimera para los jóvenes de hoy. Permitieron a los hijos e hijas y a los padres elaborar ese vínculo entre la vida y la muerte del que hablábamos antes. Se ha profundizado muy poco sobre su desaparición, un hecho gravísimo, y los efectos en la construcción de sentido a lo largo de la existencia”, explica Magatti.

En una sociedad, las acciones simbólicas transmiten y representan aquellos valores y sistemas que sustentan a una comunidad, mientras que hoy “todo parece estar puesto sobre los hombros de la vida individual. Entre otras cosas, -observa Magatti-, creo que en la base de muchas experiencias de conflicto en las parejas o en la sociedad está precisamente esa falta de relación, de vínculos que estructuran. Me parece que una consecuencia de este aislamiento por “la ausencia de rituales estabilizadores” puede ser también ese trasfondo de depresión que se puede vislumbrar en tantos jóvenes que no quieren salir de casa y tomar la vida como es”, con sus contradicciones y sus oportunidades. En definitiva, en una sociedad cada vez más “líquida”, donde los pasajes se nublan y las referencias se atomizan, entra en juego una mayor conciencia de la paternidad entendida como corresponsabilidad. Incluso cuando mamá y papá rompan, sin dejar de sentirse y ser padres también. A menudo, de hecho, son precisamente los niños los que, a medida que crecen, devuelven “la generatividad” de este vínculo: “Para nosotros, de hecho, (y el “nosotros” en este caso significa Mauro Magatti y Chiara Giaccardi), los más bonito es ver cómo se han fortalecido los lazos entre nuestros hijos, a pesar de lo distinto de sus nacimientos. Incluso en aquellas relaciones entre ellos que a veces tienden a aislarnos”. Al fin y al cabo y, sobre todo, piensa Mauro, “el mejor regalo para nuestra familia es ver cómo nuestros hijos han aprendido a amarse”.



Abba, el nombre que salva

DE LUIGI MARIA EPICOCO

Jesús revoluciona la idea de paternidad en su predicación

Si tuviéramos que resumir el mensaje del Evangelio, tendríamos que decir que el anuncio de la Buena Nueva está concentrado en el hecho de que *Jesús* nos dice que Dios es nuestro Padre. La imagen poderosa de la paternidad es el contenido más precioso de la predicación de Cristo. Se ha calculado que Jesús usa la expresión “padre” unas 170 veces en los Evangelios. No es una referencia autoritaria, sino de pertenencia: pertenecemos a alguien, nuestra vida no carece de fundamento, somos queridos y deseados desde el principio. San **Pablo** dice en la carta a los Romanos: no habéis recibido el espíritu de los esclavos para volver a caer en el miedo, sino que habéis recibido el espíritu de los hijos adoptivos por el que clamamos: “¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15).

Pablo intuye que la mayor madurez de la vida cristiana, de la vida espiritual, es dejar que el Espíritu se haga espacio en nuestro corazón hasta el punto de dirigirse a Él con la expresión más afectuosa que un niño puede usar para dirigirse a su padre. Recuerdo que un día estaba en Jerusalén y me fijé en un niño judío de tres o cuatro años que tomó la mano de su padre y lo llamó “¡abba!”. No es solo el equivalente a “papá”, sino que es una forma aún más íntima y confidencial de dirigirse al padre; es una especie de “¡papi!”. Cuánta impresión habrá suscitado entonces Jesús entre sus contemporáneos al dirigirse a Dios de esta manera, con esta confianza e intimidad.

Esta es la razón por la que Jesús a lo largo del Evangelio utiliza constantemente, en sus ejemplos y parábolas, palabras que pueden explicarnos cómo debemos entender la paternidad. Sus discípulos le piden que les enseñe a orar, Él les responde con la oración del Padre Nuestro (Mt 6,9).

Cada imagen también tiene un límite. Y el límite de una imagen evocadora es nuestra propia experiencia. Solo si se ha tenido una experiencia positiva de paternidad se puede entender la palabra de Jesús de forma correcta. En caso contrario esta imagen, en lugar de ayudar a posicionarse de la mejor manera posible hacia Dios, puede convertirse en un impedimento. Si este razonamiento es válido para nosotros, también lo es para Jesús. Él tuvo una experiencia positiva de la paternidad

humana por la que pudo recurrir tan frecuentemente a la palabra “padre” para explicarnos a Dios.

Es un error pensar que la figura de José de Nazaret es una figura marginal. Solo los Evangelios de Lucas y Mateo hablan de su historia y no se recoge una sola palabra suya. Narran sus elecciones, sus obras y su estar allí. No necesita hablar porque es el mismo Jesús quien constantemente le da la palabra a través de ese hilo de paternidad que recorre toda la predicación de los tres años de vida pública. El padre adoptivo de Jesús es quien le dio una experiencia positiva de paternidad y quien le ayudó a tomar conciencia de su verdadero Padre Dios de la mejor manera posible. La paternidad en la predicación de Cristo es un tema inabarcable. Me gustaría centrarme en dos aspectos que creo que son decisivos. Jesús utiliza la imagen de la paternidad al servicio de dos momentos importantes de la vida humana: la experiencia de la miseria y la experiencia del abandono.

En la experiencia de la miseria, cada uno toca nuestra propia condición de criatura, nuestros límites y nuestra finitud. Es cuan-

do nuestro ideal se derrumba y se impone un juicio despiadado y mortal de nosotros mismos. Lo único que nos puede salvar es el perdón, es decir, tener otra oportunidad, ver la vida reanudarse y empezar de nuevo. En la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) vemos esta experiencia puesta en escena por Jesús. Cuando el hijo menor en su delirio narcisista se va de casa y vive de manera disoluta, llega a perderlo a todo, a tocar fondo y a envidiar a los cerdos. Sin embargo, encuentra el valor para admitir que no es digno de ser tratado como un hijo, sino como un sirviente, y así, puede irse a casa. Al llegar a casa se sorprende con la reacción de su padre quien, en lugar de castigarlo, culparlo y humillarlo, lo abraza, lo besa, le pone el anillo en el dedo, los zapatos en los pies y le hace una fiesta. Aquí Jesús nos explica que la verdadera paternidad no solo porque pone límites, establece reglas o propone un orden, sino porque es capaz del perdón, de la reconciliación entre nuestro yo ideal y nuestro yo real. Ese hijo vuelve a casa y descubre que vuelve a ser hijo, pero ya no es como antes, hay algo más realista en su conciencia. Es su padre quien le ha dado este realismo, esta nueva conciencia de sí mismo.

El segundo momento decisivo de la vida está en la experiencia del abandono. En este caso, Jesús no cuenta una historia, sino que se convierte él mismo en protagonista. Clavado en la cruz se siente solo y abandonado y grita: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15, 34). Es la experiencia de dejar de sentir un significado, y así percibir que todo es absurdo, invivible, insostenible. Jesús concluye este diálogo en la cruz con la palabra “padre”: Padre en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46). Solo si tienes un padre puedes gritar contra él y abandonarte a él. Jesús parece decirnos que lo peor para un hombre es no sufrir, sino no tener a quien dirigir su grito, su sufrimiento, su angustia; es no tener a nadie a quien abandonarnos por completo. Jesús puede “perder” en la Cruz solo porque tiene un “Padre”. Y por eso mismo gana, porque es el “Padre” quien lo recoge de la muerte y lo resucita. Por eso la paternidad es la llave hermenéutica más eficaz de todo el Evangelio y Jesús es un testigo convencido de ello.



La maternidad de Dios

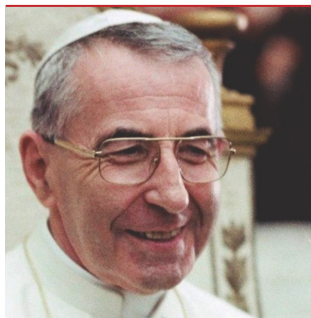
Los pensamientos de cuatro pontífices



Francisco

Homilía de la misa en Santa Marta del 11 de diciembre de 2014

Es tanta la cercanía de Dios que se presenta como una madre, una madre que dialoga con su hijo. Una madre cuando canta la canción de cuna al niño y toma la voz del niño y se hace pequeña como el niño y habla con el tono del niño hasta el punto de hacer el ridículo si uno no si uno no comprende la grandeza que hay en ello.



Juan Pablo I

Ángel del 10 de septiembre de 1978

Somos el objeto del amor eterno de Dios. Lo sabemos: siempre nos tiene los ojos abiertos mirándonos, incluso cuando parece que es de noche. Es padre; es todavía más, es madre.



Benedicto XVI

Del libro "Dios y el mundo" (2001)

Dios es Dios, no es ni hombre ni mujer, está más allá de los sexos. Es el totalmente Otro. Creo que es importante recordar que para la fe bíblica siempre ha quedado claro que Dios no es ni hombre ni mujer, sino precisamente Dios y que el hombre y la mujer son imagen suya. Ambos provienen de Él y ambos están potencialmente contenidos en Él.



Juan Pablo II

Audiencia del 8 de septiembre de 1999, comentando la parábola del hijo pródigo

El padre misericordioso de la parábola contiene en sí mismo, trascendiéndolos, todos los rasgos de la paternidad y la maternidad. Lanzándose al cuello de su hijo, muestra los rasgos de una madre que acaricia a su hijo y lo cubre con su calidez.

Cuidado con fabricar soldaditos en serie

DE GIUSEPPE FORLAI

Convertirse en padre es un milagro. Si miras la vida a través de las Escrituras, te das cuenta de que una gracia especial entra en casa sin pedir permiso. Ya no puedes vivir para ti mismo, sino para el Espíritu que actúa en otro. No nos autoelegimos como padres espirituales, somos elegidos. Los padres monásticos consideraban que el deseo del monje de convertirse en padre espiritual era un indicio de pasiones desordenadas. Por no hablar de presentarse como tal, procurándose adeptos. El monje es solo un discípulo con los oídos bien abier-

tos; convertirse en maestro es abdicar de su vocación original.

Es saludable, incluso para quienes no son religiosos, recordar esas cosas. Los creyentes ejercitan su sentido de fe al reconocer a los verdaderos portadores del Espíritu en otros ancianos. Se desencadena una especie de empatía en la que se vislumbra el secreto del que es portador el futuro padre. Y este secreto tiene un nombre muy simple: lucha. El padre en el Espíritu está por encima de todo esto: uno que ha peleado sus propias batallas y las ha ganado por la pura gracia de Dios. Sus heridas brillan, pero no porque fuera bueno, sino porque fue

ayudado y medicado por Otro. Solo, no lo habría logrado.

Los verdaderos padres espirituales nunca son pelagianos: saben bien que solos habrían muerto por las embestidas de pasiones deshumanizadoras. A golpe de voluntad o de virtud no se es espiritual, incluso si tuviera discípulos, estos serían maniqués en los que colocar hermosas ropas para exhibir. Hay padres que imponen comportamientos para observar; directores de almas que, para parecer competentes, han dejado de ser buenos y abiertos a la gracia. Cuando estos padres (o madres) se convierten en "fundadores", el daño es aún

más despreciable porque las copias salen en serie como de una fábrica de juguetes y las conciencias son aniquiladas. La despersonalización se suma al pelagianismo. Muchas realidades de la vida consagrada ha sufrido situaciones de este tipo.

Es un milagro incómodo ser elegido padre. Lo que Pablo escribió a los Corintios se hace realidad: "la muerte obra en nosotros, la vida en vosotros" (2 Co 4, 12). Estaríamos contentos de ocuparnos por pender de los labios de la Palabra llevando una vida cristiana normal, ya que parece que hay bastantes maestros sin pastoral y pastores sin ciencia.



¿En el nombre de quién?

DE ANTONIO AUTIERO

Reconocerse como hijos redibuja el vínculo familiar con Dios

Fuera y dentro del contexto de la oración, la fórmula “en el nombre del Padre” nos resulta tan familiar que no nos preguntamos por lo que decimos. Dirigirse a Dios y llamarlo Padre es natural y se da por descontado. Y en gran medida lo es. Pero, vale la pena detenerse en las implicaciones de esas palabras tal vez para abrir los ojos y hacerse algunas preguntas.

En prerrogativa del Padre atribuida a Dios, se cruzan dos trayectorias. En primer lugar, está la de **Jesús** que revela el rostro de su Padre celestial con quien es “uno” (Jn 10, 30): es el anuncio en el que se basa la salvación, la Buena Noticia, cuya promesa hizo Dios en el primer pacto nunca revocado de la alianza asegurando ser “un padre para Israel”. Luego está la trayectoria del creyente que acoge el anuncio y en la fe reconoce al Dios que salva. Pero queriendo dar plasticidad y sustancia a este Dios, fusiona la revelación de Dios en Jesucristo y el sentido del vínculo familiar más cercano a Él y lo extiende por semejanza y analogía con Dios. Se entrelazan la revelación y la atribución, dos movimientos convergentes, pero no iguales. Uno se inspira en la voluntad de revelarse Dios mismo como Padre, el otro se confía a la posibilidad expresiva de la analogía, expuesto a la fragilidad de su estado ligado a la experiencia del vínculo familiar.

Del hijo al padre

La relación padre-hijo puede tener distintas direcciones. Aquí ponemos más énfasis en la que va del hijo al padre. Comprender la paternidad a partir de reconocerse como niños significa ante todo saber que no estamos solos en el mundo. La perspectiva de la filiación desarrolla en nosotros la conciencia de una pertenencia reveladora de hallarnos en la cadena de la generatividad, la que nos sitúa en la historia y nos permite ser parte de ella. La perspectiva de la generatividad aleja al padre de la

exclusividad de la relación con el hijo. Amplía el tejido de esta relación, incluyendo la polaridad de la dimensión materna en un circuito unitario de relación parental. Quizás esta sea la raíz más profunda por la que, y no desde hoy, se atribuye a Dios la prerrogativa de madre.

Es famosa la referencia a la mística medieval **Juliana de Norwich** (1342-1416) en su Libro de las Revelaciones a la que han recurrido **Juan Pablo I** y **Juan Pablo II**. La extensión al ámbito materno suele estar revestida de significados relacionados con funciones y roles, actitudes y virtudes que solo por un condicionamiento cultural distorsionado se consideran prerrogativas exclusivamente femeninas, como si no pudiéramos decir de Dios que es cariñoso en su cuidado y sensible a las debilidades de sus hijos. El ser de Dios, padre y madre, en esta perspectiva de generatividad amplia e inclusiva, completa el plan de relación de Dios con el mundo y con los hombres y expresa con la máxima potencia que el destino de la historia humana y del mundo le importa a Dios que genera la vida.

El padre sobre el hijo

La pertenencia, inscrita en el perímetro de la paternidad generativa e inclusiva, tiene un doble valor y está bajo la amenaza de un doble riesgo. Desde el punto de vista del hijo, puede degenerar en inercia y pasividad, vaciando desde dentro la asunción de responsabilidad por parte de estos para construirse como un sujeto maduro, capaz de caminar por sus propios medios, autónomo y relacional para sentirse bien en el mundo y construir comunidad. Desde la perspectiva del padre, la pertenencia puede fomentar el deseo de poseer la vida del hijo, el presunto derecho a disponer de él mediante la dominación y el control. La historia nos presenta una galería de modelos de lo paterno que desembocan en una actitud de patrón. La figura de la

madre es inclusiva en compensación a la arrogancia del padre que expresa el mismo deseo de control sobre ella y sus hijos. Solo los delicados y complicados procesos de emancipación de estos modelos paternos dominantes pueden devolver la dignidad personal a las mujeres y madres y el desarrollo a las hijas e hijos. Quienes sienten al padre arrogante no saben emplear la analogía del vínculo familiar para acercarse a Dios y llamarlo Padre. Es una consecuencia trágica de las relaciones padre-hijo sobredimensionadas que hacen imposible reconocer el rostro paterno de Dios.

Paternidad y masculinidad, no es todo fácil

Detrás de todo esto hay una falsa idea de masculinidad, considerada normativa por cómo desempeñan el papel los varones y por el deseo de ejercer control y dominación para gobernar el mundo. Es una masculinidad tóxica, cuyas expresiones no son extrañas y todas tristemente oscuras, a menudo teñidas de violencia, sangre y la muerte. Estos modelos de paternidad no se prestan para entrar en analogía con la paternidad de Dios que habla el lenguaje del cuidado, el respeto a la alteridad del otro y el reconocimiento del derecho a ser uno mismo a través de la construcción del propio plan de vida. El camino de liberación de la paternidad de las trampas de la masculinidad tóxica es largo y agotador y quien se prepara para hacerlo debe saber que no solo crea condiciones de vida más humanas para cada hija y cada hijo. Enriquece su propia humanidad, redime su masculinidad y devuelve a Dios el brillo reconocible de su rostro de Padre.

Y si Jesús de Nazaret advierte, “No llares ‘padre’ a nadie en la tierra” (Mt 23,9), no lo hace para socavar los lazos familiares, sino quizás para decirnos que solo se puede ser padre y madre haciendo transparente el modo de serlo de Dios. Aún podemos y debemos osar a llamarlo Padre.

El valor de ser extraño

DE FRANCESCO STOPPA

¿El concepto de paternidad se encuentra en caída libre?

Se dice y se lee que hoy a los padres no les va muy bien. Freud, a principios del siglo pasado, ya intuía la decadencia de la figura simbólica del padre a causa del progreso. Una autoridad socavada por la horizontalidad de las relaciones típicas del *american way of life*, por la redefinición más afectiva que normativa de la institución familiar y por el avance imparable del discurso científico que busca objetividad y certezas donde sobre la figura del padre recae inevitablemente una sombra de incerteza. Como se suele decir, que la mujer es la madre de la criatura, está claro; no tanto que el padre sea, efectivamente, el padre.

La última palabra del psicoanálisis sobre el padre pone en valor su “otra” identidad extranjera, a partir de su ingreso en el escenario familiar donde aparece en calidad de tercero llamado a interrumpir el idilio madre-hijo; lo que, por supuesto, juega a favor de la futura curiosidad del niño por asomarse a la realidad extrafamiliar. En otras palabras, la evidencia biológica de la descendencia del padre es muy pequeña comparada con el resultado simbólico de una presencia que establece límites sanos y justas medidas y que, como tal, transcribe la experiencia del hijo en la dimensión de la Palabra.

A los ojos de un Freud nostálgico de los buenos tiempos del patriarcado, esto lo convertía en el abanderado de la espiritualidad frente a la naturalidad de las cosas, pero hoy, frente a desafíos como la inseminación artificial, la fecundación in vitro o la gestación subrogada y sus efectos sobre el prestigio del padre, es importante comprender la naturaleza estructuralmente putativa de la paternidad que le es propia. Una condición que, si por un lado a nivel de

intimidad corporal lo mantiene a cierta distancia del niño, por otro lado, le permite proponerse como portador de una ley fundada en un amor que no nace, como en el caso de la maternidad, en el lecho de una intimidad corporal, sino que destaca por su gratuidad. Un amor “injustificado”, no basado en evidencias. Si en un caso la clave de la relación reside en la inmediatez del vínculo, en el caso del padre se introduce una lógica diferente en la experiencia del niño, un campo de mediaciones que implican la necesidad de la espera y de la renuncia en cuanto forma propedéutica del deseo.

Esta dosis de “extrañeza” puede representar el antídoto contra los riesgos que corre hoy la función paterna. Los padres “ausentes” son aquellos que albergan una especie de horror ante la asimetría de su posición con respecto a la de sus hijos y que, en consecuencia, prefieren considerarse amigos o hermanos mayores. En definitiva, la paternidad debería revelar la existencia de un salto lógico entre los procesos naturales y las complejas adquisiciones culturales que vislumbran caminos con desenlaces impredecibles, lejos de una impronta adaptativa simple e indolora. De hecho, es la posición “extranjera” del padre la que abre los ojos de su hijo a la dureza de la vida, sin ahorrársela, y

favoreciendo así su emancipación psíquica y social, paso indispensable para el éxito de la transmisión intergeneracional.

En nuestro tiempo más que nunca, la ética de la paternidad no puede reducirse a una transmisión aséptica y apática de reglas o técnicas de vida más prosaicas. La “gramática generativa” que, como escribe Pierangelo Sequeri, actúa como motor “de la sintaxis de la historia”, coincide con el acto de quien sabe mover las aguas para dejar espacio al recién llegado, no sin abrir en él el sentimiento

hasta el vértigo de la propia presencia en el mundo.

Es en este sentido que Lacan puede decir que la función decisiva del padre no es tanto la de legislador como la de quien “debe asombrar a la familia”. Para los niños, el padre es un detonador del deseo. Todo esto cobra gran importancia en una época como la nuestra en la que la voz del padre se ve distorsionada por el ruido ininterrumpido de una sociedad que conjuga la felicidad con el consumo de bienes y la realización humana con el éxito individual. Pero no es solo eso. También complican las cosas, y obliga al padre a salir de la nostalgia de los buenos tiempos en los que podía imaginarse como el derivado a pequeña escala del omnipotente pater familias del mundo antiguo, tanto los importantes procesos de emancipación femenina como los nuevos métodos para tener un hijo que parecen debilitar la función del padre hasta casi prescindir de él.

¿Hay que desesperar por la suerte de los padres?, ¿estamos ante una caída libre del concepto mismo de paternidad? No todo está dicho si tenemos en cuenta el hecho de que todo padre es, en cierto modo, un padre adoptivo. Adoptar significa “elegir”. No se es padre por haber traído materialmente a alguien al mundo, sino por la responsabilidad que asume en su proceso de humanización en el que se muestra continuamente el deseo de ser padre.

Hemos hablado de una posición simbólica, pero ¿cuál es la consistencia real de un padre? Como todas las cosas importantes de la vida, solo se puede captar a posteriori mientras representa un legado capaz de resistir los desafíos de los tiempos. Nada mejor entonces que estas palabras de Susanna Tartaro de su reciente *La non mamma*: “Después de la muerte de mi padre, su silla o su suéter se convirtieron en recuerdos de aire, el aliento de vida que era, de la vida que tenían dentro”. Y hablando de su reloj dice: “Al ponérmelo en la muñeca buscaba la huella de aire de su paso aquí en la tierra. Lo miré con ternura”. Curiosa y paradójica incorporación del padre, cuya figura humana asume, nada más y nada menos, que la consistencia intangible del aliento que nos mantiene vivos.



DE ELISA CALESSI

De vez en cuando, **Pary Gul** atisba tímidamente una sonrisa. Pero es un instante. Como cuando se arregla el velo rosa que cubre su cabeza. Entonces esa expresión indescifrable regresa inmediatamente. Como alguien que está en paz, pero dispuesto a defenderse de lo que venga porque ha estado en guardia desde que nació. Tiene cincuenta y siete años, es madre de cinco hijos, todas mujeres, dos de las cuales están casadas. Vió cómo los talibanes se llevaban a su marido, del que no sabe nada. Solo cuando habla sobre él se viene abajo esa firmeza que emana de todo su cuerpo. Y entonces llora.

Estamos en Roma, en una casa que la Fundación Meet Human ha encontrado temporalmente para ella y su familia (14 en total, incluidos 7 niños). Todos acaban de llegar de Kabul. Por razones de seguridad, no podemos dar el nombre del marido, ni de las hijas, ni de sus nietos ni mostrar sus rostros. Están a salvo, pero siguen en la lista negra de los que querían matarlos en Kabul. Y aún reciben amenazas. Incluso la localidad donde viven ahora, cerca de Bérgamo, no puede ser revelada. La Fundación Meet Human les ha encontrado un hogar permanente y les está ayudando a comenzar una nueva vida. Las hijas de Pary Gul comenzarán cursos de peluquería y cocina, los maridos recibirán ayuda para encontrar trabajo como conductores y mecánicos, profesión que tenían en Kabul. Los niños volverán a la escuela, algunos al jardín de infancia, otros a la escuela primaria o secundaria. Niños y adultos reciben todos los días clases de italiano. Y todo con la ayuda de la Providencia.

“Hemos decidido, —explica **Francesco Napoli**, de la Fundación—, no utilizar fondos públicos para hacer frente a los aspectos económicos de su acogida, sino solicitar una contribución a los que quieran darla libremente. Apostamos por la solidaridad y la caridad para afirmar el único motivo de nuestra acción y es que nada puede responder al deseo de felicidad del corazón del hombre si no es quien lo ha hecho”.



Ser familia en el exilio

Pary Gul reconstruye su hogar en Roma tras huir de Kabul

Aunque la vida comienza de nuevo para ellos, las heridas permanecen. Pary Gul escapó, su esposo quizás está muerto y los miembros de su familia son perseguidos por ser cristianos. Una pertenencia que, sumada al hecho de que son mujeres, las ha convertido en el objetivo del Afganistán actual. Aunque para ella no es nada nuevo. Recuerda cuando los talibanes estuvieron en el poder en los 90, antes de la llegada de los estadounidenses. Tampoco después para los cristianos las cosas cambiaron porque no se construyeron iglesias ni tuvieron la posibilidad de ir a misa. Ella y su familia nunca han dejado de ser cristianos. Sus abuelos ya lo eran, aunque no podían decirlo. Le preguntamos cómo es posible vivir una fe que no se puede manifestar y por la cual arriesgas tu vida. Le preguntamos si no es más fácil abandonarla. Y su respuesta es una mirada de asombro. Y después: “Nunca pensé en convertirme, no. Mi temor era que supieran que éramos cristianos y nos torturaran. Podría haberme convertido para vivir más tranquila. Pero quería ser fiel a mi fe. Rezábamos interiormente. Para mí, ser cristiana significa ser feliz, estar en paz. Como cuando conocí al Papa **Francisco**. Fue como volver a nacer”. Les salvó, trayéndolos a Italia, su amigo **Ali Ehsani**, periodista y escritor afgano de 32 años, que huyó de Kabul con 13 años. “Hace 6 meses conocí a una hija de Pary Gul en Internet. Al principio pensé que yo era un espía. Luego se fue creando un clima de confianza, le dije que era cristiano y me dijo que ella y su familia también. Entonces comencé a enviarles la misa por *WhatsApp*”, explica el joven. El 14 de agosto, el portero de su casa escuchó los cantos litúrgicos provenientes del teléfono móvil y les preguntó si eran cristianos. Al día siguiente, los talibanes irrumpieron en la casa y secuestraron al marido de Pary

Gul. Comprendieron que tenían los días contados y huyeron. Se refugiaron en un sótano. Avisaron entonces a Ali, quien a su vez lanzó un llamamiento que acogió la agencia de noticias Sir. **Daniele Nembrini**, presidente de Human Meet Foundation, lo leyó y contactó con Ali. Después de seis días, las tres familias pudieron encontrar un lugar en un avión del ejército italiano. De camino al aeropuerto, fueron bloqueados varias veces por talibanes. Golpearon al marido de una de las hijas, a un sobrino y a Pary Gul porque quiso defender al joven.

“El mayor dolor que siento es por mi marido. No estoy enfadada con Dios, todo lo que pasa es porque Dios quiere. Pero perder a mi esposo me ha sumido en un pozo sin fondo”, dice Pary Gul. Piensa en el dolor de otras mujeres de su tierra. “Las viudas y las jóvenes son las que se llevan la peor parte. Si no pueden trabajar, ¿cómo se van a mantener? Si no pueden estudiar, ¿qué futuro tienen?”. “Soñábamos con la democracia. Las mujeres finalmente podían trabajar y estudiar. Mis hijas fueron a la escuela y encontraron trabajo”. Una era peluquera y la otra trabajaba en el aeropuerto. Ahora han comenzado una nueva vida. “Me gustaría dejar a mis hijas como enseñanza el respeto a las personas y la posibilidad de poder expresar sus deseos”. Mira el anillo que lleva al dedo anular izquierdo, el único objeto precioso que trajo de Afganistán. Quería dárselo al Papa cuando les recibió en audiencia privada. El Santo Padre aceptó simbólicamente el regalo, pero le pidió que se lo quedara. Lo toca y sonríe. Dice que sus nietos tienen fantasmas contra los que luchar como el recuerdo de los días escondidos en el sótano y la violencia de los talibanes. El presente y la posibilidad de un futuro son su medicina. Y esta serenidad se refleja también en el rostro de Pary Gul.

Familias putativas

El diseñador Erasmo Figini crea una comunidad de adopción

DE LAURA EDUATI

Erasmo Figini, un importante diseñador de interiores italiano y padre de cuatro niños que llevan su apellido, afirma que descubrió el verdadero significado de la paternidad solo a través de la experiencia del cuidado y de la adopción.

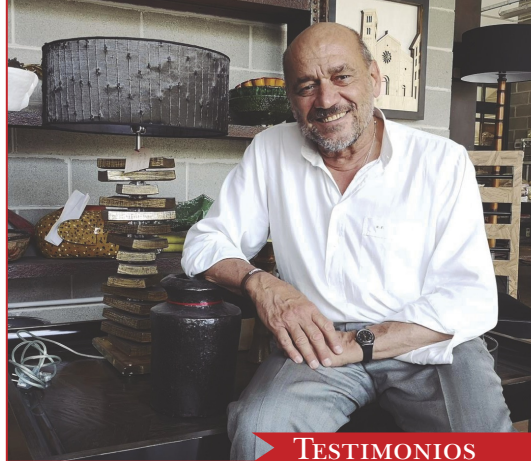
El primero era un niño de cinco años con sida, luego vino otro, y después otro, tanto que hoy Figini acoge a once niños y adolescentes en su casa y ha perdido la cuenta de cuántos ha logrado acoger junto a su esposa en Como, ciudad lombarda donde junto a amigos y empresarios creó La Cometa, un centro de actividades al servicio de jóvenes que necesitan un punto de referencia. Para los niños y jóvenes de la zona es un lugar de socialización y, a la vez, de ayuda para padres en dificultades. También cuenta con talleres donde los jóvenes aprenden un oficio. Figini les forma en la fabricación de muebles y su restauración porque usar las manos ayuda a curar heridas profundas.

A través de los talleres artesanales, Figini amplía su rol de padre putativo que comenzó tras el nacimiento de dos hijos biológicos y la adopción de esos dos primeros hijos que llegaron repentinamente a su vida: “Son los hijos adoptivos los que me han dado una gran lección sobre la paternidad similar a la experiencia de san José. Los hijos, también los naturales, no son tuyos, te son confiados y tú como padre eres una herramienta sencilla para dar amor a un ser único e irrepetible”, explica durante un descanso de su trabajo en La Cometa. “Aprendí esto con un sentido de enorme asombro cuando llegó el primer niño en acogida que luego

adoptamos. Sentir que lo quería como si fuera mío fue una revelación”, continúa. “Te llega un niño y lo amas con un amor misericordioso. No es una posesión, es muy importante porque es un amor gratuito que da libertad”. Porque un niño “es un huésped sagrado” en el sentido griego del término: él es el que habita en tu casa y al que se le debe hacer espacio.

La segunda gran lección sobre la paternidad, dice Erasmo Figini, es la comprensión de que “un hijo debe descansar en nuestras certezas”. ¿Qué significa? “Esto es especialmente cierto cuando llega la edad de la rebeldía. Un hijo quiere desafiar las reglas del padre, pero el padre no debe permitir que el hijo las altere. Llega con paciencia el momento en que ese hijo dirá que tenías razón y que su rebeldía servía para comprobar si lo que decías tenía sentido”. Por eso, Figini cree que está mal asumir una actitud demasiado amistosa: “Está mal revisar las certezas morales de uno para mantener una relación con un niño. Piensas que así te estás acercando a tu hijo y en cambio estás perdiendo autoridad. El hijo ya no te cree”.

Por último, Erasmo Figini no teoriza sobre la paternidad perfecta, el padre que se sacrifica incesantemente por sus hijos. Permanece, en cierto sentido, dentro del gran perímetro de lo humano. “Lamento que la figura paterna esté siendo masacrada estos días. Los niños y jóvenes que asisten a La Cometa son los primeros en buscar roles paternos concretos de madre y padre. Sin embargo, lo importante es la calidad del tiempo que les dedicas, necesitan saber que estás ahí, aunque no estés físicamente”. Los niños en acogimiento familiar plantean especialmente el tema del sufrimiento, del desamor que se siente



TESTIMONIOS

en la familia de origen: “No hay palabras sino abrazos. En la vida gana el que abraza al más fuerte. La autoridad misericordiosa no se escandaliza ante nada, no cambia hábitos ni estilos de vida para acoger, sino que da a los niños la certeza de que la familia lo acoge y piensa en él. Esto sucede cuando entendemos que la vida no es ir donde nos lleve el corazón, sino asumir la responsabilidad de padre y madre y llevarla a cabo sin egoísmos y sin dudas”.

Figini también reflexiona sobre la relación matrimonial: “Como es casi impensable pensar en el amor para siempre entre un hombre y una mujer, interviene ese sacramento del matrimonio donde el tercero es Dios que nos acompaña para vencer las inevitables tormentas de la vida. Esta relación de comunión, esta certeza sólida, es lo que buscan los niños”, prosigue el diseñador, refiriéndose una vez más a los niños que llevan dentro de sí la herida “eterna” de no haber experimentado esa certeza y ese amor entre la pareja que los generó. Es en esta circunstancia que puede ayudarles el hecho de vivir en una familia que no es la propia, pero que está dotada de las características intrínsecas necesarias para dar amor. Es algo que puede ayudarles a construir la esperanza de que no todo está perdido.

Sin ceder a la idea de que los roles parentales son intercambiables, el fundador de La Cometa explica: “Es fundamental que cada uno defienda el rol del otro, pero como hombres no podemos ser madres o viceversa. Una madre es educadora, pero en mediación, y lo siento particularmente cuando mi esposa es la portadora de las peticiones de los niños en acogimiento familiar y de alguna manera me trae un mensaje contundente ya racionalizado. Como padre siento que mi tarea es educar para estar en el mundo, vivir cada detalle con verdad y sinceridad, captar el significado de todo y tomar las cosas en serio sin tener miedo porque la vida real para nosotros los creyentes es a la que nos enfrentaremos después”.





Diario íntimo de un Capítulo

DE MARIA TRIGILA

Una salesiana comparte el 'cónclave' de su congregación

He llegado cinco horas tarde a la cita de las 13.00 en la Casa Generalicia. No tengo ni mi equipaje ni mi cuaderno de ejercicios. Ya estaban aquí todas las provinciales con las delegadas de 97 naciones de los cinco continentes; en total, 172 incluida la madre general y su Consejo. Mientras comenzaban, yo, que vivo a solo una hora de distancia en avión, esperaba mi maleta en la cinta de equipaje del aeropuerto... Maleta que nunca llegó. Así comenzaba mi primera y larga jornada como delegada del XXIV Capítulo General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Las largas jornadas se repitieron luego durante 36 días y 864 horas, desde la inauguración oficial de la asamblea el 18 de septiembre hasta el 24 de octubre, con algunas variaciones en el horario y un evento especial: la visita del Papa Francisco del 22 de octubre. Fui elegida por las hermanas de Sicilia para representarlas, junto con otras dos, en el debate y en la búsqueda de estrategias sobre nuestra presencia profética en este hoy histórico.

En la sala capitular, hojeando la carpeta que contiene datos logísticos, listas y demás material, en una primera mirada al calendario me dije: este tiempo es una oportunidad para el discernimiento espiritual, la oración, el compartir y el encuentro intercultural. Y para acoger, incluso en los momentos de silencio y adoración "al dueño de la casa", Dios, que vive dentro de mi deseo de enamorada. No escondo que un sentimiento agradable acaricia mi alma porque me encuentro en condiciones de abrazar la palabra sinodalidad que de criterio pasa a ser tangible.

El Capítulo, este gran evento convocado el año pasado y luego aplazado con motivo de la pandemia por la superiora general, la madre **Yvonne Reungoat**, es un tiempo fuerte tanto para revisar como para buscar

trabajando juntas lo que el Señor quiere decirnos y pedirnos hoy. He vivido estos días en escucha, con el corazón disponible a las llamadas de Dios en nuestros tiempos frágiles, rotos por una pandemia inesperada que ha acentuado la soledad de todos. En especial, la de los jóvenes a quienes considero el ahora de Dios y parte esencial del carisma salesiano. Ellos han visto socavada su libertad para vivir y decidir sobre su vida diaria. Este gran desafío en el encuentro intercultural ha surgido como una oportunidad de crecimiento.

Mis jornadas como delegada se parecían bastante. Así desde las 7 de la mañana hasta las 7 de la tarde, con una pausa para el almuerzo y algún descanso, me encontré en un proceso de debate, apertura y dinamismo del carisma. En diálogo con la asamblea multicultural, me dejé llevar por la sabia lectura de la realidad y por las decisiones que acrecientan la vitalidad del Instituto. Con este espíritu me adentré en el tema del Capítulo: "Haced lo que Él os diga. Comunidades que generan vida en el seno de la contemporaneidad". En él escogí mi palabra transversal: caminar juntos. Esto me hizo respirar como Iglesia, como pueblos hermanos, como tierra futura y como familia espiritual apostólica. Y me urgí a vivir el Capítulo como un acontecimiento pentecostal. Es emocionante sentirse parte viva de una familia religiosa que representa las diversas culturas con las inquietudes, sufrimientos, expectativas y necesidades explícitas y no explícitas de los contextos socioculturales en los que vivimos. Somos más de once mil religiosas presentes en 74 provincias.

La semana dedicada al discernimiento y la invocación del Espíritu para la elección de la nueva superiora general y de los miembros del Consejo adquiere una importancia fundamental. Otro momento que requirió de la responsabilidad de

cada una fueron las horas dedicadas a planificar juntas las líneas maestras para el sexenio 2021-2027. Se organizaron cinco comisiones, que a su vez se dividen en subcomisiones.

Sobre las emociones vividas en los días del discernimiento, escribo una nueva página en blanco. Entré de lleno en la escucha profunda y el sentido de pertenencia a esta gran familia religiosa. Por tanto, la perspectiva desde la que he visto el gesto de corresponsabilidad de las elecciones ha sido la de la calidad de animación y gobierno de la superiora general y su Consejo. El gesto de escribir un nombre contribuyó a la fecundidad del Instituto en los próximos años. El 5 de octubre, un aplauso de 29 minutos y 59 segundos marcó la elección, en la primera votación, de la nueva superiora general, Madre **Chiara Cazzuola**, nacida hace 66 años en Toscana. Es la décima sucesora de la cofundadora, santa **Maria Domenica Mazzarello**.

La recién elegida ingresó al Instituto a los 18 años en Castelgandolfo y es hermana desde 1975. Primero fue maestra, luego directora, coordinadora de pastoral juvenil y primera superiora de la Provincia Emilia-Liguria-Toscana. Desde 2008 es consejera visitadora de América y Europa y desde 2014 vicaria general. Tras la elección, la Madre Chiara habló a la asamblea capitular con emoción, humildad y sencillez, cualidades que la caracterizan: "Es una misión más grande que yo. Confío en el Señor, Roca Eterna, y me encomiendo a María Auxiliadora que siento muy presente. Ella es la verdadera Superiora del Instituto, por eso digo que sí y os agradezco la confianza. Sé que será un camino que recorreremos juntas".

La madre general emérita, sor **Yvonne**, la recibió con un abrazo cariñoso y un ramo de rosas rojas. Un día muy emocionante porque, a medida que se marcaban



los votos en la pizarra, la emoción crecía hasta estallar en lágrimas de alegría. En el Capítulo me involucré en el intercambio intercultural interactivo. Pasé la mayor parte de las horas del día en los subcomités. Los defino como gimnasios para escuchar y compartir. En una palabra, lugares de sinodalidad. Hablamos de nosotras mismas mirando al mundo contemporáneo proyectándonos en el horizonte de la formación continua, del caminar juntas y de la misión en la red.

Hablamos de nuestra experiencia y de la misión educativa a partir de la frase bíblica del Evangelio de San Juan: “Haced lo que él os diga”, que se convirtió en la consigna del Capítulo. Es una de las pocas palabras que dice María de Nazaret en la Sagrada Escritura. El hilo conductor que tejió nuestras vivencias fue la presencia de María en el primer milagro de Jesús. Me dejé cuestionar sobre qué “vino” falta en el contexto actual y nuestras comunidades. Y qué valioso es reflexionar sobre la calidad de la presencia de la Madre de Jesús y, por tanto, sobre mi presencia como consagrada y educadora en el contexto actual.

Me apasiona la señal de las tinajas que el Señor evalúa para obrar el milagro. Porque las reconoce como indispensables y capaces de aceptar nuevos contenidos. Por eso, me siento llamada a estar entre la gente con una mirada atenta y esperanzada. Una mirada que no anula las diferencias, sino que las reconcilia. Una mirada que quiere expresar la apertura a la unidad del Carisma que realza la riqueza del diálogo intergeneracional, intercultural, interreligioso e intercongregacional. En este diálogo me siento viva como mujer consagrada, como Iglesia y como Familia Salesiana. Y yo también me comprometo a testimoniar, en fidelidad a mi Jesús, las exigencias de los valores evangélicos y a escuchar el grito de los jóvenes, los gritos de los pobres y el clamor de la tierra saqueada en las elecciones concretas y valientes para la misión en la red. La historia de estos días del Capítulo es ahora parte de mi historia, actúa como un espejo para mí. Me ayuda a mirar lo que nunca observé sobre mí.

El padre en la sombra

DE CLAUDIO STRINATI

La pintura más hermosa sobre San José fue ignorada durante siglos

Un hombre recto y reservado, un padre maduro, cariñoso y disponible. Este es el San José representado en el hermoso retablo de la iglesia de Santa Maria Assunta en el pequeño pueblo de Serrone y que ahora se veen el museo capitular diocesano de Foligno. ¡Una obra de arte tan importante en un lugar tan apartado! El gran óleo sobre lienzo, de casi tres metros por dos metros de altura, permaneció desconocido durante siglos hasta que hace unos cuarenta años se fijó en él un grupo de expertos encabezados por **Bruno Toscano**, un gran historiador del arte. Quedaron impresionados por la pintura, pero se dieron cuenta de que no había testimonios ni documentos antiguos que dieran pistas sobre su autor. Tampoco había ninguna firma en la obra excepto una letra G detrás de la figura del tierno Niño Jesús. La letra puede corresponder al autor, un artista misterioso y casi olvidado, **Giovanni Demostene Ensio**, un pintor aristocrático que trabajaba en Roma y alrededores entre finales del siglo XVI y principios del XVII.

Es admirable la composición de los colores elaborados con materiales preciosos de origen sobre todo mineral. El maestro estaba entre los poquísimos que los utilizaba en ese momento. La pintura representa el taller de San José, que no aparece como un simple artesano, sino como un técnico de primer nivel que también trabaja la madera para la construcción.

El pintor describe con esmero científico, verdade-

ramente flamenco, todas las herramientas, tableros y superficies sobre las que trabaja el maestro ebanista, así como la imponente puerta de entrada al taller, realizada por José, recién abierta para dejar entrar la suave luz de la mañana. Esta ilumina la sonrisa en el rostro del Niño Jesús que, bajo la mirada seria y atenta de su padre, está atando un trozo del hilo blanco que sale del ovillo que usa su madre en la costura para hacer un juguete en la forma de una cruz, una clara premonición sobre su futura Pasión. Con amorosa humildad evangélica, el pintor retrata un sinfín de cosas esparcidas por el taller, desde virutas en el suelo, hasta los utensilios de trabajo de la Virgen y unos zuecos abandonados en el suelo. Todo forjado por ese hombre sabio. Es quien diseñó, construyó y equipó la gran sala, incluida la magnífica ventana con parteluz que se puede ver en la parte inferior, haciendo que parezca una catedral más que un taller. Y quien ha moldeado el clima familiar y moral que genera tanto la quietud de la joven

esposa absorta en sus pensamientos, como la creciente conciencia del niño divino en el momento mágico del primer descubrimiento de la familia que lo rodea y del mundo que se abrirá ante él.

El rostro de José inmerso en las sombras es claramente perceptible. Y así resplandece el padre putativo de la tradición que supone la función paterna desligada del factor biológico primario que compete exclusivamente a la madre. Es como si quisiera que viéramos, a través de esta humanísima representación de San José, cómo este principio, insondable y aparentemente discriminatorio, no se aplica solo a él, sino que es válido para todos los seres humanos, incluso si nuestros hijos no son hijos de Dios.

Todos, hombres y mujeres, somos, en calidad de embriones, fetos y personas, hijos de Dios porque el cuerpo generado por la madre funciona como resultado de la fecundación del óvulo por el espermatozoide, pero la vida misma que podemos llamar “el alma” surge de algo más que podemos llamar divino.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento